

GUILLERMO SUCRE

LA SEGUNDA VERSIÓN

LA SEGUNDA VERSIÓN

Yo mismo no supe qué oscura alegoría buscaba. Escribí un poema y lo nombré "la trama secreta", como si nombrara una enigmática —supuse que más elusiva e infinita— trama. No hice sino ingenuamente hilar en la historia y sus tautologías. Cualquier vida, sabemos, sólo es su desnudez, esos lentos despojos del tiempo. Cómo abrumarte, tierra, con ilusas pretensiones. Quería apenas volver a tu inclemencia.

Siempre —escribí—
el árbol de la tormenta se desatará
sobre el Río; en las mañanas siempre
la Ciudad irá floreciendo bajo la joven
luz, y en los ojos de un muchacho
la vigilia siempre y la purificación
aguardan.

La vida fluye y cambia,
pero no todo lo que cambia fluye
con la vida. Preserva, tierra, estas
imágenes, con ellas escribe lo que
te ha amado. También son epitafios.

EL ENCUENTRO

Al azar de aquella calle brusca
 la altiva llamarada de sus ojos.
 Cref haber visto el odio o la rabia;
 era el íngrimo destello del dolor.
 Su delgado cuerpo casi desfallece
 y la tomé del brazo como si sostuviera
 a un ser fulminado por el destino;
 ave ciega abatida por los vientos,
 hoja desamparada en la agonía
 del otoño más íntimo del mundo.
 Se cruzaban y azoraban las palabras,
 las miradas se nublaron, más cruel
 el ya airado sol de ese mediodía.
 Rondaba el coro de la multitud,
 ávidas máscaras en busca de la culpa,
 ¿o eran las del socorro y la piedad?
 Pudo recostar la cabeza al muro
 y surgió el bajorrelieve de las diosas.
 Ráfagas del joven amor, la vasta
 lumbre de sus años, los libros
 que iba ahondando el insomnio,
 cuerpos dichosos cubiertos de lágrimas
 en la página que el arrebato escribe,
 o el adiós, o el desesperado silencio.
 Todo lo fue dispersando esa imagen
 suspendida en el tiempo; dos seres,
 descarnados, se sumieron en su intemperie.

AV. BUENOS AIRES, LOS CAOBOS

No estoy en la caverna, no veo pasar
 sombras o siluetas. No vivo bajo
 el reflejo de las Ideas. Una ventana
 detrás de mí de pronto reverbera
 en la última luz que arroja la tarde.
 Me asomo y logro divisar la cima
 de la montaña; su trazo oscuro
 y fuerte límpido se vuelve contra
 el cielo. Sin palabras escribo "aún
 me queda este juego puro de la mirada".
 Pero el instante que pasa al instante
 me corrige. Ni siquiera las blasfemias
 del arduo regreso, el goce de los cuerpos
 en celo, o la pasión. ¿Para qué nombrar
 las confidencias, ecos de la plegaria?
 El alarido de luces se enciende; cambia
 la escena; los guardianes, los altos muros
 aún más altos; las celdas se abren
 o se cierran a un espacio extraviado
 y vacío. Nadie podrá salir más.
 Se ha asentado la noche otra vez sórdida,
 otra vez las calles en la soledad
 brillan en la amenaza y la navaja.

EL OTRO DESTINO

Ahora
 van envejeciendo y más frágiles
 son, torpes para los trabajos
 y los días. Se confunden en el mundo,
 apenas saben cómo seguirlo; se enredan
 en la costumbre, a cada momento
 tropiezan con el ayer. La impía piedad
 los hiere más que cualquier otro
 desamparo. En la desvariada lámpara
 buscan el sosiego. Todo lo olvidan,
 menos que se han olvidado.

Pero
 no seas tú, memoria, quien más los
 maltrate, no los cubras de culpas.
 O tú, tierra, insomne como ellos,
 no seas tú quien los maldiga, menos
 seas quien los extrañe para siempre.